

MAQROLL EMPRENDE EL VIAJE DEFINITIVO.

--a la memoria de Álvaro Mutis—

Manuel Olimón Nolasco.

Un mediodía de principios de 2003 en la maravillosa casa de Carmen Parra, la artista no menos maravillosa de los ángeles dorados, las mariposas monarcas y las águilas orgullosas, conocí a Álvaro Mutis. Lo había conocido ya por la lectura de sus obras con títulos de extraordinario movimiento y contenidos de ensueños antiguos y de mundos enfrentados y complementarios: “Un bel morir”, “Summa de Maqroll el gaviero”, “Ilona llega con la lluvia”, “Tríptico de mar y tierra”, “Caravansary”, “Abdul Basur, soñador de navíos”, “Amirbar”, “La nieve del almirante...” En otro género de mayor realismo y drama leí su “Diario de Lecumberri.” Una vez, durante una estancia no exenta de aburrimientos en Santafé de Bogotá en 1994 había leído las “conversaciones” con él de Fernando Quiroz: “El reino que estaba para mí”. Ahí se seguían las aventuras no contadas sino vividas por este poeta de los mares y las lejanías como niño en Bélgica, como joven en Colombia –periodista, aviador y otros oficios--en México como publicista y “voz” narrativa del exitoso programa televisivo “Los intocables” (Eliott Ness y compañía contra la Maffia de Chicago) y el descuido en llevar las cuentas que lo llevó a una nada fantástica experiencia carcelaria en “el palacio negro”: “[...Ahí] conocí gente con el espíritu enfermo, gente con un cerebro capaz de maquinarse proyectos abominables, gente con una agresividad a flor de piel; y conocí también gente con maravillosos rasgos de bondad, gente a la que nunca se le había dado una oportunidad para lucir su inteligencia, gente inocente a la cual, por un error, se le habían mutilado las ganas de vivir. Fue un curso en el que aprendí el ejercicio de la indulgencia...”¹

Ese día en casa de Carmen me impactó el saludo de Don Álvaro. Sin preámbulos me dijo: “—Yo soy católico y monárquico” y me besó la mano. Enseguida comentó su molestia porque un periodista español había hecho un gesto de desagrado cuando él le había dicho con gusto que “la Virgen de Guadalupe le había dado el Premio Cervantes”, cuyo anuncio había sido un 12 de diciembre.

“Gaviero” es (o más bien *era*) el marinero que subía a la gavia, la vela mayor del mastilero de la nave y desde ahí oteaba el horizonte. Uno de ellos vio la costa que notificó a los europeos el descubrimiento de América, el Nuevo Continente.

¹ Editorial Norma, Santafé de Bogotá 1993, p. 101.

Eso fue Mutis para el lector latinoamericano y para el de otras latitudes, pues el día que lo encontré le llevé para que me firmara un artículo sobre él aparecido en la revista “The New Yorker”, salido de la pluma de John Updike, el prolífico reseñista de libros, a propósito de la traducción al inglés poco antes publicada. El título de las líneas de Updike no podía ser otro: “The Lone Sailor. Tales of a Colourful Voyage to Nowhere.”² Aunque no fue pensado con ese objeto, tal vez su vida podía resumirse, ¿por qué no?, en ese subtítulo: “a colorfoul voyage to nowhere.”

A Don Álvaro no le quedaba el calificativo de miembro de la escuela latinoamericana del “realismo mágico”—demasiado *clásico* para serlo—. No fue tampoco un escritor popular y menos de literatura de desecho. Dotado de un vocabulario en extremo rico y con una elegancia en la dicción a la que nada tendría que reprocharle Don Rufino José Cuervo en sus “Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano”, su paso real e imaginario por tantos rumbos del mundo le dio una capacidad de interiorizar los mundos externos e interiores de los seres humanos que lo mismo da que nazcan y vivan en un continente que en otro...aunque mejor será que pasen por el mar “de las negras espaldas” como lo adjetivó Homero en la “Odisea.”

Abro al azar “Ilona llega con la lluvia” para dar un ejemplo: “[...] La capacidad para magnificar los negocios que se iban ofreciendo se agotaba en Wito a ojos vistas. No es que cayera en la depresión o el desánimo. Eso en él sería inconcebible. Simplemente, era obvio que el mecanismo que lo sostuvo durante tantos años se había trabado allá adentro, dejando a nuestro hombre en una especie de marcha neutra. La rigidez de sus gestos y posturas se iba haciendo más notoria y sus silencios de báltico más largos. No solía ya demorarse en la sobremesa recordando los viejos tiempos: nuestro encuentro en Chipre, su primera travesía al lado de Corneluis, que había sido compañero de colegio de su esposa en Rotterdam, nuestras andanzas en el Adriático con Abdul Bashur, amigo y cómplice en operaciones que tocaban terrenos vedados por el código penal. Su mutismo era notorio. Ahora callaba frente a la taza de café negro y, cada vez con mayor frecuencia, llenaba sucesivas y minúsculas copas de licor de frambuesa que bebía de golpe y con aire ausente pero cortés.”³

² January 13th, 2003. Se trató de la reseña de *The Adventures and Disadventures of Maqroll*, (ed. Edith Grossman), *The New York Review of Books*, New York 2002, donde se tradujeron los siete libros de Maqroll, reunidos bajo el título de *Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviero*.

³ Editorial Norma, Santafé de Bogotá 1992, p.30.

Una página sin firma, sólo con la nota: “Redacción”, le dedicó ayer a la partida de Mutis el diario de la Ciudad de México “Crónica”. Ahí leí y hago mías estas frases: “[...] Empleó la poesía como vía de conocimiento a mundos desconocidos, a nuevos mundos donde fuese posible el amor y la buena muerte.

...Maqroll, acaso su *alter ego*, [es] un aventurero sombrío y a la vez inocente que canta a la frágil condición humana...[es] el poeta rescate del paraíso perdido de la infancia a través de la imaginación y la memoria.”

Ahora el “aventurero sombrío e inocente” (aunque más inocente que sombrío), el “católico y monárquico” y por ello difícilmente miembro de las vanguardias del obligatorio izquierdismo de los literatos de habla hispana, superó las alturas de la gavia del velero de la vida en mar y tierra y sonrío después de traspasar las puertas de la casa solariega de su Creador. No estoy de acuerdo en lo que Mutis reflexionó a la hora de la hipotética muerte de Ilona: “[...] la muerte lo que suprime no es a los seres cercanos y que son nuestra vida misma. Lo que la muerte se lleva para siempre es su recuerdo, la imagen que se va borrando, diluyendo hasta perderse y es entonces que nosotros empezamos a morir también.”⁴ Creo más bien que los recuerdos y las imágenes nos ayudan a vivir. El mismo Mutis no me contradirá, pues escribió este “Nocturno”:

“Respira la noche
 bate sus claros espacios,
 sus criaturas en menudos ruidos,
 en el crujido leve de las maderas,
 se traicionan.
 Renueva la noche
 cierta semilla oculta
 en la mina feroz que nos sostiene.
 Con su leche letal
 nos alimenta
 una vida que se prolonga
 más allá de todo matinal despertar
 en las orillas del mundo.
 La noche que respira

⁴ P. 151.

nuestro pasado aliento de vencidos
nos preserva y protege
“para más altos destinos.”⁵

Jala, Nayarit, México,
24 de septiembre de 2013.



olimon.org

manuel olimón nolasco

historiador



⁵ Cita en *La Crónica*, 23 septiembre 2013.